

Los libros en Europa

Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español. Historia de la Falange y del Movimiento Nacional (1923-1977), Stanley G. Payne, Barcelona, Planeta, 1997, 712 págs.

He aquí una monográfica síntesis, en conjunto muy notable, acerca de un tema-eje de la historia política de la España del siglo XX. Desde su tesis doctoral redactada hace cerca de cuarenta años y en la que, según el autor, fue capital la orientación proporcionada por Jaime Vicens Vives, el catedrático norteamericano ha sometido a estrecho cerco la cuestión con diversos estudios de los que el que ahora ve la luz viene a ser en buena medida la recapitulación y el coronamiento. Bien que Payne persista en desatender o, por mejor decir, en postergar, el factor religioso como clave explicativa fundamental para demostrar la inexistencia de un fascismo español de corte mussolinista, impregnador y dominador de toda la vida nacional, su análisis del movimiento falangista como mimesis desigualmente fiel del fascismo italiano es sólido y convincente, al tiempo que ponderado. Mucho menos firmes se descubren los argumentos para sostener la instrumentalización de la figura de José Antonio —muy bien retratada— por Franco *ad maiorem gloriam* de su dictadura. Pese a lo que se afirma en su breve preámbulo, la obra semeja estar destinada a un público estadounidense no muy familiarizado con el pasado

español, por lo que adolece de un excesivo didactismo, diluyendo, a veces, su carácter científico en las aguas de la simplicidad. Bien que una rebusca más atenta en la bibliografía menor aparecida en España en los últimos decenios le habría sido de suma utilidad para redimensionar varias parcelas de las abordadas en su obra, ha sido gran lástima que el autor no haya podido consultar el libro de Javier Martínez de Bedoya *Memorias desde mi aldea* (Valladolid, 1996), revelador en no pocos de los aspectos tratados por este destacado hispanista. La traducción es correcta en líneas generales, aunque con gazapos de entidad. V. gr., «Al joven especialista administrativo López Rodó» (p. 639).

J. M. C.

¡Cosas de ingleses! Antonio Giménez Cruz, Complutense, Madrid, 1997, 323 páginas.

El profesor Giménez Cruz (Williams College, Massachussets) aborda en este libro la relación amistosa, intelectual y, sobre todo, epistolar, entre los dos viajeros y estudiosos ingleses y románticos de España, George Borrow y Richard Ford. Distintos en carácter y en posiciones políticas (el primero era

un hombre ambiguo y de claroscuros, pero de opiniones liberales; el segundo, más transparente y directo, simpatizaba con el carlismo), los unía el interés por España, por la excepcionalidad española, contemplada desde el doble perfil del inglés partidario de la modernidad y del romántico hechizado por el arcaísmo. Escribe Ford el 13 de julio de 1843: «Qué puede hacerse por esta desgraciada nación donde el chanchullo, la intriga, la mentira y la corrupción son algo intrínseco al concepto de autoridad». Debajo de esta autoridad despreciable estaba el colorido, bárbaro y fascinante pueblo español, cuyas peculiaridades tanto estudiaron ambos insulares sobre el terreno.

La última carta de Ford data de 1851. Borrow vivió treinta años más, en un lento crepúsculo físico y mental. Desde 1840 no había vuelto a España, de modo que el carteo con Ford, a quien vio pocas veces en su vida, le valió para seguir teniendo ante los ojos de la imaginación ese país donde distribuyó biblias y siguió el rastro de la gitanería.

Giménez Cruz ha compulsado variados archivos y puesto al día la desigual bibliografía sobre ambos autores. En sus páginas cabe asistir al desarrollo de una amistad fuerte y contrastada. Grabados de época y los cuadros de Roberts, otro inglés devoto de las caminatas españolas, vienen oportunamente en ayuda del agradecido lector.

El ciber mundo, la política de lo peor, *Paul Virilio, entrevistado por Philippe Petit, traducción de Mónica Poole, Cátedra, Madrid, 1997, 112 págs.*

Ya conocemos las apocalípticas opiniones de Virilio sobre el mundo contemporáneo. En este largo diálogo con Petit las tenemos cribadas y sintetizadas hasta el lugar común. La tesis viriliana es que hemos acelerado tanto la velocidad de la comunicación que el tiempo se ha vuelto universal, real y ahistórico. El hombre actual tiene los atributos de Dios: es ubicuo, instantáneo e inmediato. Con ello, ya no hay política, sino cronopolítica, y la democracia se vuelve impracticable. Tampoco hay comunicación, sino mensaje oculto de la propaganda. Ni ciudad, sino una suerte de intangible cosmópolis cibernética. La naturaleza no es ya grandiosa ni el mundo es abierto. Vivimos encerrados en la pequeñez de nuestros dominios. Lo que durante siglos ha sido denominado realidad por los filósofos, ha dejado de existir. Los otros nos dan miedo y por eso no los amamos, sino que los odiamos. La distancia que impone la comunicación cibernética, imposibilita toda relación amorosa.

Las dos perspectivas que se abren son igualmente atroces: la guerra continua que surge de la caída de las fronteras nacionales y la sustitución de las religiones por el monoteísmo de la máquina. Y esto es así porque con la aparición del hombre acaba la tarea de la creación. El hombre

carece de más allá (lo cual es una idea escolástica que podemos hallar en los siglos oscuros medievales, donde reinaban sentimientos muy virilianos). A la sociedad no le queda sino desintegrarse.

Las opiniones de Virilio son refutables, pero no por científicas, sino por tópicas. Sin duda, lo más interesante de su posición es la confortable costumbre del apocalipsis, ese hotel junto al abismo donde Lukács colocaba a los filósofos de Frankfurt. Acaso el sentimiento apocalíptico sea el secreto de la perduración del mundo.

Mary Shelley, *Muriel Spark*, traducción de Aurora Fernández Villavicencio, Lumen, Barcelona, 1997, 297 págs.

La vida de Mary Godwin (1797-1851), hija de un pensador progresista y de una de las principales feministas de la Ilustración, luego esposa de uno de los mayores poetas del romanticismo inglés, se escapa entre los comienzos románticos de la Inglaterra victoriana, que ha dejado de ser libertina para ser liberal, y busca en Italia y los lagos suizos un refugio alternativo de sol y brumas para desplegar sus propios claroscuros.

Es una historia con relaciones de tres, bisexualismo, abortos, muertes prematuras de niños, suicidios e imaginería gótica. De ella surge el doctor Frankenstein, cuya criatura es un ser sin antepasados en el cual

encarna el paradigma de la belleza humana, y que deviene un monstruo de creciente corrupción y criminalidad.

Spark nos propone una relación aliviada y amena de estos destinos fuertes, heridos por una belleza arriesgada y siniestra. Da igual que aparezcan Shelley, Byron, Keats, el diabólico doctor Polidori o quien sea. Todo transcurre como una existencia de burguesía acomodada y culta, que viaja por Europa y se instala en bellas mansiones donde la desdicha llega no se sabe cómo.

Para colmo, Spark divide vida y obra, con una cirugía que ni el mismo Sainte-Beuve aceptaría si volviese de su panteón positivista. La vida de un escritor, separada de su obra, no es la vida de ese escritor. Tampoco es un apéndice a esa vida que se parece, en tales escisiones, a la vida de cualquiera.

De todas formas, si se busca un texto divulgativo y ameno, aquí se hallará, aunque al final de la lectura podamos preguntarnos qué hace una biógrafa como tú en un mundo como éste, donde hay tan poco de ameno y de vulgar.

El hombre-Dios o El sentido de la vida, Luc Ferry, traducción de Marie-Paule Sarazin, Tusquets, Barcelona, 1997, 216 págs.

En el extremo de la hipersecularización postmoderna (se admiten sinonimias), la sempiterna pregunta